PASTORAI

Encontrarse es todo

José María Arnaiz



Arnaiz, José María

Encontrarse es todo / Arnaiz, José María - 1ª ed. 1ª reimp. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: PPC Cono Sur. 2017.

176 p.; 21 x 13 cm. - (Pastoral; 32)

ISBN 978-987-1931-83-5

1. Teología Pastoral. I. Título.

CDD 230

Gerente Editorial: Francisco Javier Navarro Editor Ejecutivo: Mario González Jurado

Diseño de tapa: Estudio SM

Título: Encontrarse es todo Autor: José María Arnaiz

ISBN: 978-987-1931-83-5

© José María Arnaiz

© PPC Editorial y Distribuidora (2009)

Reservados todos los derechos

Primera edición en PPC Cono Sur: Buenos Aires, junio de 2014

Primera reimpresión: agosto 2017

PPC Cono Sur

Av. Callao 410 piso 2

C1022AAR | Ciudad Autónoma de Buenos Aires • República Argentina

t: +54 11 4000.0400 / f: +54 11 4000.0429

www.ppc-editorial.com.ar

e-mail de contacto: ventas@ppc-editorial.com.ar

Esta tirada de 1.000 ejemplares se terminó de imprimir en el mes de agosto de 2017 en Latingráfica, Rocamora 4161 - Buenos Aires - Argentina

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11723.

Libro de edición argentina - Made in Argentina Impreso en Argentina / Printed in Argentina

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier otro medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Empresa asociada a la Cámara Argentina del Libro

PRESENTACIÓN

En los lugares donde se concentran muchas personas existe lo que se llama «Punto de encuentro». Entre tantas personas que van y vienen, nos permite no solo no perdernos sino, sobre todo, encontrarnos. Este libro, querido lector, es un buen punto de encuentro. Entre tantas ideas, noticias y proyectos que van y vienen por todo el mundo, nos ayuda a encontrarnos.

El autor, José María Arnaiz, religioso marianista, es una persona con muy buenas intuiciones. El Señor le ha ido situando en encrucijadas y puntos de encuentro en diversos lugares del mundo: en Roma (Asistente General de Vida Religiosa de la Compañía de María-Marianistas; Secretario de la Unión de Superiores Generales), en Brasil (Encuentro de Aparecida), en Chile (Provincial, Subdirector de la revista *Testimonio*), en España (colaborador de la revista *Vida Nueva* y del Proyecto editorial SM), escritor, conferencista, animador del esfuerzo de revitalización de la vida religiosa. Habla desde su experiencia personal y eso se nota a lo largo del libro. No estamos ante la propuesta de un teórico sino ante la propuesta de un testigo.

En este libro nos presenta una intuición que él mismo define así:

Actualmente tenemos conciencia clara de vivir en un tiempo de transición; tiene que aparecer un nuevo paradigma cultural, espiritual, religioso. Como en todas las épocas de transición nos sentimos inseguros... El paradigma de nuestros días es el encuentro 1.

Su propuesta es global. El encuentro es el paradigma que nos permite encontrarnos con la cultura postmoderna, con la antropología relacional, con las claves que nos proponen el

P. 84.

Sínodo de Europa y el Encuentro de Aparecida. En el fondo, nos sitúa en la clave del Evangelio: el encuentro con Jesús. Afirma que introducir la dinámica del encuentro en nuestras vidas, en la Iglesia y en el mundo es una revolución de gran calado. Claro está, si incide en el estilo de vida, de relaciones, de gobierno.

El desarrollo del libro es todo un itinerario, en el que va desgranando su propuesta:

El que aprende y se atreve a encontrarse acierta en la vida. El encuentro es el modelo que nos permite entrar en el corazón de la cultura y de la vida actual. Los encuentros son una escuela de vida. Vivir es encontrarse y encontrarse es vivir (capitulo 1).

Nuestra cultura actual acelerada dificulta el encuentro y favorece el desencuentro. Analiza los motivos de los desencuentros. Cita entre ellos la competitividad, el individualismo y la agresividad. Abundan los desencuentros, pero es posible el reencuentro y la reconciliación (capítulo 2).

A esa visión de la cultura añade su experiencia personal (capítulo 3):

Cuando retomo la historia de mi vida veo en ella encuentros y desencuentros. [...] Veo que encontrarse es todo. No tengo ninguna duda que los encuentros han sido la gran escuela de mi vida. He sufrido y gozado con ellos. Soy un convencido que lo mejor y lo peor de nuestra vida se encuentra en la calidad de nuestros encuentros...El arte de vivir se convierte en el arte de encontrarse.

De nuevo pasa a una visión global: los encuentros tenemos que enmarcarlos en un proyecto de mundo mejor. Presenta una amplia lista de los encuentros más significativos para el momento histórico que vivimos (capítulo 4).

Detrás de los encuentros de la humanidad, los humanos y los divinos, está Jesús, que los ha unido. Los encuentros con la samaritana en el pozo de Sicar y con el buen samaritano en la posada son dos aspectos del único encuentro del creyente. Unen la adoración y la compasión (capítulo 5).

Finalmente nos ofrece unas intuiciones, que llegan de la antropología, la teología, la espiritualidad y la cultura y que sustentan la verdadera pastoral del encuentro (capitulos 6 y 7).

Personalmente estoy convencido de lo que dice José María Arnaiz a lo largo de estas páginas. En mi experiencia de vida resuenan con mucha fuerza los encuentros. Hace unos años lei una frase que lo expresaba muy bien: «Uno conoce la intensidad de su vida por la profundidad de sus encuentros» (Marko Rupnik). Es asi.

Jesús fue persona de encuentros profundos. ¡Qué bien supo encontrar y encontrarse con las personas! A través de esos encuentros les abrió nuevos horizontes de vida. Me ayuda mucho contemplar el Evangelio en esta perspectiva de los encuentros de Jesús con tantas personas; su madre María, los doce y otros discípulos, María Magdalena, el rico Zaqueo, la samaritana, el ciego Bartimeo, Nicodemo y tantos otros. Ese encuentro cambió radicalmente sus vidas.

Que este libro sea un buen punto de encuentro entre todos nosotros y nos ayude a desarrollar la intuición y la propuesta que nos hace el autor. Que su lectura sea fecunda en tu vida y haga de ti una persona de encuentro.

PACHI CANSECO LLERA, S.M.



INTRODUCCIÓN

Una palabra, una perspectiva y una dinámica

Encontrarse es el comienzo de todo. En nuestros días lo es de modo especial. Este paradigma llegó con el Evangelio y se ha reforzado con la postmodernidad. Actualmente todo se mide por la calidad del encuentro. Hay personas que logran hacer de cada encuentro una presencia y ocasión de una interacción tal que dejan huella y marcan su paso por los lugares y los grupos. El hombre y la mujer alcanzan su mejor perfil, tocan su corazón y experimentan con intensidad la felicidad cuando se encuentran. Para nosotros en este libro va a ser una palabra, toda una perspectiva para la cultura de nuestros días y la dinámica en la que tenemos que entrar, si queremos vida abundante.

1. Una palabra

«Encuentro» es la palabra clave para leer y evaluar el mensaje de fondo y los acontecimientos que entraman el diario vivir de la persona y del creyente. Es una maravilla cuando un encuentro entre los seres humanos termina siendo encuentro con el Señor; marcado por la frescura del Evangelio y el vino nuevo del Reino. Así se convierte en fuerza revitalizadora de la humanidad. Es el leitmotiv de estas páginas y de nuestra propuesta pastoral y cultural.

El Evangelio está sembrado y marcado por esta palabra y por la realidad de los encuentros. Nos lleva a acertar a pasar del encuentro a los encuentros y de los desencuentros al encuentro. Para comenzar bien todo en un proceso de fe, se tiene que partir del pozo de Sicar, del encuentro de Jesús con la samaritana (Jn 4), y llegar hasta la posada del buen samaritano y allí encontrarse con el herido (Lc 10,25-37). Esto im-

plica superponer rostros de mujer y de hombre, de Jesús y de herido, de samaritanos y de judios; exige escuchar esta palabra de la boca de Jesús.

Encuentro es, también, la palabra clave para entender la cultura del momento actual. A uno le encantaría acertar a multiplicar los encuentros y a veces los reencuentros. Las muchas y grandes reuniones que promueve el dinamismo cultural actual, si no consiguen que se dé el encuentro de los «ánimos» de los participantes, dificilmente producirán buenos frutos; si no se escucha la invitación a encontrarse, algo fallará. Son muchas las islas que, estando cercanas, no son archipiélago. Más aún, estas reuniones tienen que ser vividas y celebradas como un encuentro y como multiplicadoras de encuentros. Lo menos que podemos desear es que se conviertan en la ocasión privilegiada para que los integrantes de una empresa, una asociación, una organización educativa o religiosa... se encuentren; para que se escuchen y dialoguen, se concilien y reconcilien.

Es a través de la palabra, la presencia y la acción de los otros como nos llega la acción de Dios. Esto no quiere decir que en estas reuniones no se den tensiones entre las diversas tendencias. Aparecerán. Más aún, esta diversidad y esta complementariedad están, algunas veces, en el origen de la riqueza de las mismas reuniones. Como en cualquier situación semejante, el desafio no consiste en hacer desaparecer las tensiones, sino en vivirlas en función de la comunión, de tal modo que generen luz y fuerza. En el impactante festival de música de San Remo del año 2000 estuvo presente Gorvachov. Tuvo la posibilidad de hablar. Sus cortas palabras están, en parte, en el origen de esta reflexión. Recordó que, si las organizaciones -entre ellas los sindicatos- no crean lazos entre sus integrantes, los lazos que vienen del encuentro entre personas que se miran, se hablan y se escuchan, esos grupos que no propician encuentros son como letra sin música. Añadió más; no tienen futuro 2. No olvidemos que esto puede suceder también en la Iglesia.

^{* «}Hoy en los ambientes de trabajo las relaciones sindicales están carentes del valor de la solidaridad, de la comunicación que permite encontrarse con el otro y generar auténticas redes protectoras, sustentadas en la amistad y el compañerismo. Pero esto no es responsabilidad de los trabajadores sino del actual modelo de actividad productiva» (cf. G. Salinas, en Desafío, mayo-julio 2008, p. 23).

Además de tomar conciencia de la necesidad de los encuentros, es bueno recordar que «encuentro» no es una palabra romántica. Está cargada de pasión y de fuerza, pero es también un empeño que deja gozo y satisfacción, pero pide motivación clara y ejercicio. Hay que proponerse y decidirse a encontrarse. Los encuentros pueden llegar a ser trabajosos y para nada enteramente gratuitos y automáticos. A veces falta «química» y otras capacidades para que el encuentro se dé. En África existe un famoso dicho: «Las montañas no se encuentran, porque no se mueven». Encontrarse supone cambiar de lugar, acercarse. Decía Benjamín Britten que no existe la música mientras no se interpreta. No se da el encuentro hasta que no acontece y hasta que no nos ponemos en condiciones para que se convierta en una experiencia vital. Para ello hay que acertar a tomar en las propias manos la vida y caminar con el punto de referencia de Dios; hacia una madurez personal que nos permite celebrar. Así, cualquier encuentro se convierte en torrente de agua viva que salta lejos y lo fecunda todo.

2. Una perspectiva

El objetivo principal de este libro consiste en reafirmar el sentido y el valor del encuentro en la existencia humana. Es un valor clave para enfrentar la realidad cultural y religiosa actual. Es el horizonte al que hay que mirar, los encuentros dan un marco de referencia a nuestro pensar y a nuestro proceder, garantizan la convivencia, la concordia y la calidad de vida.

Pero es también un desafio, que se presenta con toda su radicalidad. Nos remueve. Solo encontrándonos integramos debidamente las diferencias. Estas se han convertido en un factor constitutivo del cuerpo social, político y religioso, y han dejado de ser una nota marginal, ya que este proceso mal llevado desemboca en el etnocentrismo, la intolerancia y el fanatismo. Bien podriamos decir que el encuentro expresa lo más esencial del ser humano en el momento histórico cultural. El ser humano se define o se describe por la voluntad de encontrarse.

Si queremos una vida personal, familiar, social y cristiana que sea una alternativa a la actual, necesitamos colocar en el centro de nuestras opciones la perspectiva del encuentro; todo tiene que estar en función del encuentro. El encuentro humano posee una gran capacidad transformadora; nutre nuestro espíritu. Hace pasar de la tristeza al gozo, de la oscuridad a la luz, de la debilidad a la fuerza, del rechazo a la acogida. El encuentro con el otro y la sed de Dios se disputan el corazón de la persona humana. Nuestra vida se compone de encuentros que se van sucediendo y entrelazando, en una trama que da el verdadero título a nuestra trayectoria vital.

Los encuentros nos llevan a lo más sublime y nos sumergen en lo más cotidiano; nos hacen tocar la realidad. Bien podemos decir que necesitan realizarse en «la tienda del encuentro» donde todo se hace encuentro. Nos lo recuerda Moisés, un gran místico y un gran profeta (Ex 33,7), que consiguió que el pueblo de Israel se encontrara cara a cara con Dios y de tú a tú entre sus integrantes. Elías también acertó a relacionarse de tú a tú con Dios, en un encuentro que se convirtió en punto de referencia para la historia del pueblo judío (1 Re 19,9-16). Dios, en cierto modo, está proscrito o eclipsado en nuestra sociedad. ¿Cómo encontrarlo en ella y por ella?

Los encuentros son una realidad clave también en la naturaleza; todo tiende a encontrarse. Las neuronas solas y aisladas no se reproducen ni cumplen sus funciones. Necesitan encontrarse. Dando un gran salto, bien podemos decir que la historia de cada uno de nosotros y de la Iglesia, cuando se trabaja por el Reino, gira en torno a los encuentros. Estos, en cada ser humano y en la humanidad, son clave. Encontrarse es parte del código genético del ser humano y del cristiano. Es tarea y gracia para el creyente hoy. Por supuesto, los encuentros llevan a cambios en el campo de la espiritualidad, la misión, la forma de vida y las estructuras. A su vez, para que sucedan y acontezcan, piden cambios en las personas. Lo específico del cristiano es encontrarse.

3. Una dinámica

En la cultura emergente en nuestros días hay muchas ganas y necesidad de encuentros. Pero son pocos los que acontecen; muchos se interrumpen o se deterioran. En nuestra realidad actual no tenemos tiempo; todos vamos de prisa por la vida; estamos acelerados³. No nos da para ponernos en condiciones de encuentro auténtico, a pesar de que es una realidad que está inscrita en lo más humano desde la creación. Por supuesto que el hecho de que dos personas estén en el mismo lugar de por sí no es un encuentro y tampoco lo es el estar reunidos, ni la cercanía física en el mismo espacio, ni el dirigirse la palabra, ni el ser marido y mujer. Hay entrevistas que terminan en desencuentro. Más aún, vivimos en un mundo que está dividido y sin certezas, y en una sociedad muy marcada por numerosos epígrafes: blancos o negros, ortodoxos o progresistas, del norte o del sur. pobres o ricos, de derecha o de izquierda. Es dificil la convivencia. Todos intentamos cambiar de signo a los otros y, sin querer, confundimos nuestros deseos con las intenciones de Dios. En una palabra, no entramos en la dinámica del encuentro.

Pero las posibilidades de que suceda el encuentro, existen; lo vamos a destacar en este libro. Cuando entramos en esa dinámica, los encuentros se transforman en algo mucho más fascinante. *Encontrarse*, es todo. Necesitamos hacerlo posible, conveniente, necesario e indispensable. Para que así suceda bien sabemos que hay que comenzar por dar el primer paso.

Esta reflexión tiene, también, una intención crítica. Hoy estamos consumiendo excesiva tecnología. Un peligro importante en este momento viene del desequilibrio entre las posibilidades técnicas y la fuerza espiritual. La técnica nos regala grandes posibilidades y también grandes amenazas. Pasamos horas conectados a Internet en desmedro del encuentro personal. Nuestro encuentro es con la pantalla. Reemplazamos una posible conversación por un e-mail. Sustituimos un encuentro por una llamada al teléfono móvil. Sin embargo, nada de esto es lo mismo. De ese modo no se consigue abrir puertas y mostrar caminos y horizontes nuevos. Cuando eso ocurre, estamos llamados a la caducidad. Urge entrar en la dinámica del encuentro.

³ R. KEGAN, Desbordados. Cómo afrontar las exigencias psicológicas de la vida actual. Bilbao, Desclée de Brouwer, 2003.

4. Un libro que hace de esta palabra una perspectiva y de esta perspectiva una dinámica

El Reino de Dios también es semejante a las letras de imprenta que un día se encuentran y dicen la Verdad ⁴.

También las letras se encuentran y se ordenan en palabras, que forman frases y párrafos, que pueden llegar a ser libro. Después de haber dado un primer flash sobre el tema y el titulo de este libro, corresponde decir una palabra sobre su contenido, sobre la verdad del mismo. Hay que aprender a encontrarse en lo cotidiano. Lo necesita la convivencia ciudadana y política, la económica y la religiosa, la cultural y la familiar. Esa va a ser la llamada principal de estas páginas. En ellas la palabra más repetida es «encuentro». Se precisará su relación con el desencuentro y el reencuentro. Se pasará a describir los encuentros que no pueden dejar de tener lugar en una persona que respira a pleno pulmón el aire o la brisa que sopla en nuestros días. Se hablará del encuentro consigo mismo y con Dios. Se señalarán las implicaciones que todo esto trae para la vida de las personas y de la Iglesia. Lo menos que se puede decir es que esta perspectiva debe articular su antropología, teología y espiritualidad. La categoría de «encuentro» marcará la vida del cristiano. Solo así lo hará en profunda sintonia con una dimensión buena y positiva de la cultura actual.

¿Cómo hay que leer este libro? Con la lógica del corazón y también de la mente. Así ha sido redactado; con el corazón en la mano y la mente puesta en el rostro de los lectores. Al acercarse de ese modo, no será raro hallar pasajes algo densos e incluso repetitivos. Son un signo evidente de la emergencia espontánea de los impulsos del corazón y de las intuiciones de nuestra mente.

Se ha escrito, también, con la intención de acertar a transformar las pérdidas en ganancias, y los fracasos en aciertos, los desencuentros en encuentros. No tenemos que olvidar que el capullo se abre para dar lugar a la flor; la flor se marchita

^{*} R. Müller, L. Poblete y M. Ramírez, Chile y el mundo, con los ojos de Mensaje, Santiago, Ed. Mensaje, 2008, p. 4.

para dar la semilla. La semilla se pudre en la tierra para germinar. Los encuentros y desencuentros de nuestras vidas hay que aprender a situarlos en el movimiento perpetuo de la muerte a la vida, de la oscuridad a la luz, que atraviesan nuestras historias personales después que Cristo Jesús resucitó. Este libro, por supuesto, es para ser leído; pero también es para que nos lea a nosotros; para que nos pensemos a nosotros mismos y nos transforme en lo que nos propone, un encuentro y, también, que con él nos encontremos.

Espero que deje en quien lo tome en sus manos, sensibilidad, sentido del humor, capacidad de observación, sabiduría y humanidad. Como bien se ha dicho, «leer no es un verbo imperativo»; es, sobre todo, vislumbrar un camino. Los libros no siempre hablan con la claridad que quisiéramos, pero nos dejan con ganas de buscarla.

¿De dónde viene y a dónde va este libro? En él hay reflexiones que vienen de las ciencias humanas. No faltan las que proceden del campo de la espiritualidad. La mayor parte de lo que en él se dice procede y se quiere que vuelva al campo de la pastoral. El encuentro es una realidad que tiene que estar en la meta y en el quehacer diario del trabajo pastoral. Tiene algo de contenido terapéutico. Hay que recuperar la dimensión de encuentro en la vida de la Iglesia y de la sociedad. Eso aprendí, entre otras muchas cosas, en los días del encuentro del CELAM en Aparecida, como señalaré más adelante.

¿Algo del autor? El libro no es totalmente original. Hago acopio de lo que otros muchos han vivido y ayudado a vivir. Trato, simplemente, de ser oteador, ofrecer un horizonte nuevo y colocar un cierto orden en lo relevante que ido descubriendo. Completo mi experiencia de encuentros con lo que sobre esta realidad he ido leyendo y viendo en mi entorno. Lo escribe alguien que cree en el fruto bueno de los encuentros; que le gusta hacerlos realidad y vivirlos con intensidad; que ve su historia como un mosaico de encuentros de todos los colores y que sufre mucho cuando el encuentro no se da y se llega al desencuentro. Creo que en la Iglesia con alguna frecuencia se tiene miedo al encuentro en vivo y en directo y se ha ritualizado en exceso el que es cotidiano y resulta espontáneo y está enganchado al diario vivir.

Hay algo que está más allá de este acontecer de hechos y es su horizonte. Es Cristo Jesús, ya que «quien encuentra a Jesucristo no solo no pierde nada, sino que gana todo» (Benedicto XVI). Esa es la meta; nos toca hacer el camino, aprender a encontrarnos.

DEL ENCUENTRO

Hablemos, en este primer capitulo, de lo primero y más central: el encuentro. El que aprende y se atreve a encontrase con los otros y consigo mismo, con los lejanos y los cercanos, el que vive la comunicación digital como un encuentro, aunque limítado en su capacidad de transmitir, acierta en la vida. El que vive almacenando desencuentros, fracasa. Cada uno de nosotros tiene por delante la tarea de des-aprender y de olvidar algunas cosas. Una de estas tareas es el hábito de la frialdad, la costumbre de la distancia, la transformación de la fe en doctrina, que nada tiene que ver con personas y con una auténtica relación humana, y la real invisibilidad de las personas en nuestra sociedad. Muy importante es la tarea de aprender, por ejemplo, a pasar del desencuentro al encuentro. Si esto no se da, se sufre y se hace sufrir en la vida.

1. El encuentro, paradigma de la vida abundante hoy

El encuentro lo entenderemos en sentido amplio. Lo presentamos como paradigma de los hombres y mujeres que dejan huella en la historia.

Vamos a acercarnos al encuentro visto como una estructura, un acontecimiento y un espíritu. Es un acontecimiento, pero es más que un simple acontecimiento, ya que supone una prolongación en el tiempo y en el lugar. Para encontrarnos, necesitamos de los demás. Todo encuentro se vive con un espíritu y de todo encuentro brota un espíritu, una fuerza interior que mueve a la comunión y a multiplicar las relaciones y las acciones. Hace germinar vida. Por él entramos en red y se consigue una convergencia y una sinergia que es más que un riego de verano; es un rebrote de primavera.

El verdadero encuentro crea un ambiente, transforma a las personas y a los grupos. De la cultura actual nos llega la insistencia en ponerlo de relieve en todas las dimensiones de nuestro existir. Alguien lo ha comparado a un sacramento. En él se da celebración, frutos, transformación, palabras, protagonistas, materia y forma. Es una mediación humana, a través de la cual los actores escuchan, dialogan, interaccionan y llegan a sentir una verdadera transformación. Nos deja con más intensidad en nuestras relaciones y alarga nuestros horizontes. Nos sitúa en esta «cultura de la alteridad», como acostumbraba a llamar M. Lévinas a la nuestra. Para él, todo encuentro evoca el que se produce entre el hombre y Dios en la experiencia interpersonal: Por el diálogo hacemos a Dios presente en nosotros; cuando nos abrimos al diálogo con los otros, nos abrimos nosotros mismos a Dios. Con el lenguaje del Antiguo Testamento podemos afirmar que todo encuentro es y termina en una alianza. Con el del Nuevo Testamento. acaba en el Evangelio, en una nueva alianza, en la eucaristía.

Fruto de la dinámica del encuentro, se concluye que las personas que en él hemos participado, nos comprometemos a una fidelidad mutua y generadora de confianza. Esta fidelidad se corrobora con y en el mismo encuentro. Ha habido un tiempo en que las personas se casaban por poder: daban ese paso aun sin haberse visto y sin haberse encontrado para nada. Algo increíble pero cierto. La confianza que origina, acompaña y genera el encuentro es un capital social mayor que cualquier capital material. Las personas, los grupos y las sociedades que presenten un alto grado de confianza, serán capaces de crear organizaciones y movimientos de éxito. Bien podemos añadir que esta confianza que acompaña al encuentro verdadero, es un intangible pero valiosísimo aporte. Es un capital con valoración objetiva y subjetiva, personal y colectiva. Nos toca construirla entre todos con mucha perseverancia. Pero es posible que la destruyamos en un instante. Sin embargo, su fuerza transformadora es inmensa.

Por lo mismo, antes de comenzar a hablar de los encuentros, es importante decir una palabra del encuentro de cada uno de nosotros con nosotros mismos y de los otros encuentros, que son diversos y están atravesados por la calidad de ese encuentro. El encuentro con personas, con pueblos de otra cultura, de otro color, de otra edad, de mentalidad diversa, de distinto modo de enfrentar la vida y el acontecer diario no se queda solo a nivel de tecnología, ni de un simple trabajo conjunto, aunque se dé en un ambiente muy fraterno. El encuentro auténtico siempre toca el fondo de nuestra persona, la raíz de nuestra vitalidad, lo que somos y no solo lo que hacemos y producimos. Todo esto, por supuesto, tiene mucho que ver con un don de Dios.

2. Vivir es encontrarse

Para M. Buber lo que define la existencia humana y lo que le da misión y tarea es el encuentro.

Toda vida verdadera es encuentro... Yo llego a ser yo en el tú 1.

No hay duda que somos relación y nos realizamos ejercitándonos en las diversas relaciones que desarrollamos por medio de los encuentros. Así nos hacemos yo y nosotros; por ellos ganamos en identidad y en sentido de pertenencia.

Cada uno de nosotros tiene estructura de interioridad, pero somos una realidad abierta. La antropología de la alteridad consigue su verificación práctica a través de la afirmación real del hombre como «un ser para los demás» y «un ser para el encuentro». El encuentro, además de una categoría antropológica, es una exigencia ética. Frente a la incomunicación como forma de vida o como actitud negativa es preciso proclamar la exigencia del encuentro interpersonal y de la relación con los demás. Por supuesto, para que el encuentro se dé, las personas tienen necesariamente que descubrir en el otro un «tú».

La calidad de vida de las personas y de los grupos viene dada por la calidad del encuentro. Bien podemos decir que no vivimos sin el otro y que con el otro existimos y crecemos. La trama de nuestra vida la constituye el encuentro

M. Buber, Yo v tú. Madrid, Caparrós, 1993, p. 17; Ib. ¿Qué es el hombre? Madrid. Fondo de Cultura Económica. 1983.

con uno mismo, con los demás, con Dios y con la naturaleza, que es cosmos y es historia. Vamos a analizar cada uno de ellos.

a) El encuentro con uno mismo

El primero, el encuentro con uno mismo, no es propiamente encuentro en sentido riguroso. Puede ser sano mirarse al espejo y verse; grabar nuestra voz y oírnos, tocarse y sentirse. Pero es un hecho que son muchas las personas que no se encuentran con ellas mismas y, por tanto, no se estiman, ni valoran, no se saben, no se pesan, no se dan ni se aceptan. El que no se encuentra consigo mismo, no se encontrará con los demás. El contacto consigo mismo es fundamental en la comunicación con el resto. Cuando uno no sabe qué comunicar a los demás de sí mismo, es debido a que no está en contacto consigo mismo y, por tanto, no puede mostrarse tal como es. El que no vive en contacto consigo mismo, con su cuerpo, con sus sentimientos, sus necesidades, sus pasiones e ideales, sus pensamientos, su historia personal y sus conflictos, no llegará a decir gran cosa de sí mismo. Eso se puede deber a que no se conoce o no se gusta, no se aprecia y no se valora. Los sicólogos dirán que no tiene un claro insight de si mismo y no identifica su propio yo.

Desde la filosofía de Paul Ricoeur el yo se construye a lo largo de una historia de encuentros y desencuentros, y esto significa que no nacemos ya hechos, sino que nos vamos definiendo a lo largo del periplo vital ⁶.

Para realizar esta tarea, es fundamental la capacidad de soledad y de aprender a escucharse y hablarse en el silencio. Hay que acertar a conquistar la soledad, para poder hacerse las preguntas importantes: ¿qué es la paz?, ¿qué es el amor?, ¿qué es la justicia?... Con Thomas Merton podemos afirmar que, una vez que Dios te ha llamado a la soledad, todo lo

⁶ F. Torralba, Sobre la hospitalidad, Extraños y vulnerables como tú. Madrid, PPC, 2003, p. 114.

que tocas se llena de la soledad más profunda, que nos permite el verdadero encuentro con nosotros mismos. Para él, toda soledad es una participación de la soledad de Dios, que está en todas las cosas y nos lleva a encontrarnos con todo y de una manera compasiva. La soledad que se encuentra, se transforma en compasión y en comunión. El descubrimiento más importante de Merton quizás sea el encuentro con el otro en las profundidades de su propia soledad. En lo profundo del silencio experimentó una nueva solidaridad y, allí donde estaba más solo, pareció haber encontrado el fundamento de la comunidad. El silencio en su talante se volvió generosidad, diálogo y pasó a «ser junto con los demás» 7. El creyente considera como una dimensión inalienable de su propia experiencia humana una interioridad que le lleva a interrogarse y a reflexionar; más aún, le permite reencontrar la pasión por las cosas e interpretar todo desde la perspectiva del misterio de Cristo 8. Se ha repetido mucho que el que no es capaz de soledad, no es capaz de comunión y de encuentro.

Solo en la subjetividad es donde madura la sustancia espiritual de la persona 9

Así se llega al encuentro. No se trata de una soledad que nos aísla de los demás. Es una soledad en la que se escuchan las voces del yo; en la que hay conciencia de la intimidad verdadera, desde la que se llega al encuentro auténtico con los demás. En ella nos damos nombre y descubrimos una vocación personal, que se puede llegar a resumir en una sola palabra: «encuentro». Sin todo esto son imposibles las otras relaciones. El proyecto personal se apoya en una llamada y potencia esta relación personal profunda y auténtica.

La vida moderna es agobiante. Nos va robando los tiempos y ámbitos de silencio, de soledad y de reflexión. Vivimos muy dispersos y con frecuencia montados en la última novedad. El

" Ibid. p. 61.

H. J. M. NOUWEN, Encuentros con Merton, reflexiones espirituales. Buenos Aires, Bonum, 2007, pp. 66-69,

⁸ C. M. MARTINI, Encontrarnos a nosotros mismos. Madrid, PPC, 1999.

encuentro con nosotros mismos nos descongestiona y nos permite llegar a la intimidad.

b) El encuentro con los demás

El segundo encuentro es el más típico y enigmático de esta reflexión. Me refiero al encuentro con los demás; los que encuentro personalmente o en grupo. Son compañeros de camino con los que vivo la aventura del diario existir. Son los que están cerca y los de lejos; son esposa o nuera, vecino o extranjero. Con ellos voy a experimentar lo dificil que es hacer comunión y con ellos voy a sacar lo mejor de dentro de mí para compartirlo. Con esas personas se puede tener la experiencia de una gran sintonía y también la del conflicto, de las dificultades del entendimiento y de la mutua interacción. Los encuentros son una escuela de vida.

Cuando esta relación se da, al celebrar una asamblea o una convivencia, se tiene una experiencia de encuentro. Se crea un clima y se vive un espíritu de encuentro. Se busca el conocimiento de las personas, el diálogo, la participación y las decisiones compartidas. Se crea una apertura a la unidad, fruto de la verdadera comunión y de la solidaridad. Se llega a consensos al proponer o al elegir, al votar o evaluar.

Tiene un camino de ida y de vuelta. Para que el encuentro se dé, hay que taladrar lo aparente de las personas y de los acontecimientos. No hay duda de que el agobio por vivir, la competitividad, la pérdida de ideales elevados, la versatilidad de los medios de comunicación y de información... nos sitúan en el dominio de la superficialidad y los encuentros nos interesan en la medida en que las personas nos son útiles. Cuesta llegar a la presencia de lo auténtico en el corazón del otro y del mío, que es lo que da a todo vida y aliento. De ahi volvemos transformados, con nuevos ojos y sentimientos para mirar y relacionarnos con los demás. Volvemos con una mirada profunda y de benevolencia. Nos situamos de forma nueva en nuestras relaciones con las personas cuando con ellas nos hemos encontrado. Hemos entrado en un plano más profundo y de ese encuentro salimos rejuvenecidos y con una vida más plena.

c) El encuentro con la naturaleza

El encuentro con la naturaleza tiene su originalidad. En la madre tierra se realizan todos nuestros encuentros y con la madre tierra a veces nos encontramos. En ella descubrimos las criaturas que permiten nuestra comunicación. No podemos ser depredadores del cosmos. Es la casa en la que habitamos y de la que tantas veces no conocemos su historia.

No hay duda, como veremos más adelante, que tiene que nacer una nueva relación con ella y con ella tenemos que encontrarnos de manera distinta. No podemos olvidar que tierra somos y que no habrá para nosotros cielo sin tierra. La situación tan dramática provocada por los cambios climáticos nos pide nuevas prácticas, marcadas por la lógica del afecto, el cariño, la solicitud, la compasión y la razón sensible.

Pero la propuesta no pasa solo por el no destruir. Se trata, sobre todo, de regenerar con urgencia y con una renovada solicitud. Somos la tierra que anda, como decia el poeta y cantautor Atahualpa Yupanqui; la que piensa y siente, la que sueña y canta, la que enseña y nos evoca serenidad y fuerza. Ella nos hace sensibles a la vida si con ella nos encontramos.

d) El encuentro con Dios

El encuentro con Dios es clave de bóveda de nuestras vidas. Ocupa su espacio en todos los otros encuentros. La relación con Dios en todas las religiones es peculiar y diversa. En la religión cristiana es encuentro; encuentro con alguien que no vemos, pero sentimos su presencia. Dios es una presencia y una acción, que sale del fondo de cada uno de nosotros, de los otros, de la historia y del cosmos. Es el fondo y la forma de todo encuentro, porque, como nos decía el viejo catecismo, «Dios está en el cielo, en la tierra y en todo lugar». Es fuente y principio de comunión. De él viene una fuerza especial para ir removiendo los obstáculos a la comunión y un ansia grande de interacción ¹⁰.

¹⁰ J. M. ILARDUJA, Comunidad y proyecto comunitario, camino de encuentro y comunión. Vitoria, Frontera, 1992, pp. 53-61.

Este encuentro se hace en la fe y la fe es encuentro de hijos y hermanos de Dios. En él, también, se da la amistad y la comunión y se llega a la *koinonia*. Saberse hijo y hermano es el único modo de poderse encontrar con Dios. En este contexto hay que poner el compartir los bienes, la oración, la eucaristía, la fiesta, el perdón, el trabajo, los niveles de comunicación, la amistad y la alegría.

A lo largo de la historia se han acumulado diversos testimonios de personas, que supuestamente «han encontrado a Dios» o «se han encontrado con Dios» y hasta le han escrito cartas ¹¹, y a ese Dios le han llamado y sentido «Padre». Ese encuentro ha marcado sus vidas de modo radical, hasta la raíz de su ser y hasta empapar todos los aspectos de su proyecto vital. Al hablar de estas personas, no me refiero a las figuras claves de las grandes religiones como Abraham, Jesús de Nazaret, Mahoma o los hombres y mujeres del espíritu destacable y renombrado. Me refiero a las personas creyentes que pasaron por la vida sin dejar más huella que el recuerdo de quienes las conocieron.

Han sido y son creyentes anónimos o de bajo perfil, pero que cuentan mucho cuando queremos saber más sobre este encuentro entre Dios y el ser humano 12. Sin embargo, el testimonio de estas personas ha abierto muchos interrogantes de fe y nos ha llevado a buscar una respuesta. No hay duda que algunos de estos relatos contienen confusiones y manipulaciones, exageraciones y distorsiones. Esto es evidente, porque estos encuentros se han sostenido en unas vidas acomodatícias y egocéntricas. El encuentro auténtico con Dios ha hecho, con frecuencia, volcarse en los demás. Los ha comprometido con un proyecto vital de generosidad y apertura a los otros, detrás del cual hay alguien que deja siempre a salvo la libertad de la persona y por ello las señales no son siempre evidentes.

Con todo, son muchas las personas que no han tenido esa experiencia impactante que ha cambiado su vida. Sin embargo, bien podemos decir que es Dios quien sale al encuen-

[&]quot; AA.VV., Cincuenta cartas a Dios. Madrid, PPC, 2006.

V. Romero, ¿Dónde anidan los ángeles? Historias de la lucha contra la injusticia. Barcelona, Destino, 2004.

tro. El lleva la iniciativa. Esto no siempre es un acontecimiento puntual, con fecha y lugar. Tantas veces es un proceso, una sucesión de acontecimientos, que la persona puede interpretar y leer de distinto modo y llegar a concluir que Dios resulta irrelevante para unos, cuando para otros es el motor de su vida y nos remite a la fuente de la misma. Bien sabemos que él invita, pero no impone. Dios se muestra, pero ocultando mucho más de lo que muestra. En cierto modo, Dios juega al escondite con nosotros; de lo contrario perderiamos la libertad. En una palabra, encontrar al Señor es dejarse encontrar por él.

Pero lo que más nos interesa afirmar y constatar es que hay creyentes sin experiencia del encuentro con Dios. Pareciera que formamos parte de una generación que no acierta a tener una experiencia propia de su encuentro con Dios. No se consigue llegar al corazón de los creyentes para transmitirlo. Con frecuencia la artillería apunta más bien a recordar la obligatoriedad de la misma y sus exigencias éticas que a entregar los elementos adecuados para hacer el debido encuentro con él. ¿Habrá demasiadas distracciones y entretenimientos por parte de los mediadores de la fe? Según algunos tenemos que ir más allá de la ortodoxía y la ortopaxis y llegar a la *ortomística*. La mística es nada más y nada menos que lo más hondo de la salvación y de la misión. Es salir de sí, encontrar radicalmente al otro, al Dios viviente. No debemos utilizar el Evangelio como un valor, sino vivirlo como un encuentro 13.

El encuentro con Dios en los cristianos toma rostro y es encuentro con Jesús. En el momento culmen de la jornada es un encuentro transformador, fecundo, nacido de la fidelidad y que está en el punto de partida de toda vida nueva. Hace surgir lo más auténtico de cada día. Este encuentro es único e irrepetible; el encuentro de todos los encuentros. Es el de dos personas que se encuentran en el silencio, se miran y se compenetran. Recibimos y acogemos a Jesús y con él entramos en una relación íntima, en la que no falta el silencio. En él descubrimos al que es capaz de darse y de ofrecerse, y de acoger sín límites. Con él se aprende a vivir en Dios para el

¹⁸ E. Martínez Navarro, «¿Por que las personas de hoy no pueden encontrar a Dios?», en *Iglesia Viva*, 3 (2005), pp. 19-20.

mundo y a vivir para Dios en el mundo. En una palabra, es un encuentro místico.

No hay duda que la palabra y el concepto «experiencia» se cuenta entre los más oscuros y necesitados de explicación. Pero eso no es impedimento para que en la Iglesia de nuestros días sea cada vez más fuerte el clamor que aboga por una nueva inmediatez y que nace de un interés por encontrarse personalmente con Jesús. El seguimiento de Jesús supone un encuentro personal con él. Un encuentro supuso en los diversos personajes claves del Evangelio.

En todos estos encuentros apuntamos a la comunión. No a la fusión de dos en uno y de tal forma que desaparezcan las diferencias de ambos. Está siempre de por medio el conflicto, el olvido y la indiferencia. El deseo de fusión rebrota siempre de nuevo en el corazón humano por lo difícil y complicado de nuestras relaciones. La comunión a la que apunta todo encuentro, acontece cuando dos personas sintonizan a fondo en los niveles existenciales, afectivos y de pensamiento. Y tiene lugar en aquel centro personal que nos define y constituye de una manera radical y que, por eso mismo, posee el poder de relativizar nuestras diferencias, aunque nunca las anula. Para que se dé la comunión, es necesario que la persona salga de si, se descentre de su narcisismo y se centre en el interès vital del otro. Cuando esto ocurre, aparecen unas posibilidades insospechadas de cohesión y encuentro capaces de mover mucho. El encuentro nos acerca y nos avecina.

Las condiciones para un verdadero encuentro, en el que se consigue la comunión, son la autenticidad de cada uno con su propia verdad y la capacidad de comunicación con lo que son necesidades e intereses vitales del otro. El encuentro nunca se puede imponer ni puede terminar en la comunión por ley. Florece y aflora cuando las personas juegan limpio y espontáneamente se unen a los demás.

3. Encontrarse es vivir

Encuentro es la creación y lo es la encarnación. Cristo vino a encontrarse con nosotros. Pascua fue y es encuentro con la vida y con Cristo resucitado. Los que van creyendo en él, se

hacen cristianos y se encuentran para hacer oración, compartir el pan y ayudar a los pobres. La plenitud del encuentro llega en Pentecostés. Es la fiesta del encuentro con todos; la globalización del encuentro; en ella se superan las diferencias y las diversidades, y se hace posible entenderse y darse los unos a los otros. Este acontecimiento multiplica los puentes y crea o refuerza el idioma que nos capacita para entendernos.

El encuentro auténtico implica e incorpora todo nuestro ser, ya que nos coloca en «los límites de las fronteras». Ahí sentimos la urgencia del encuentro y de la vida. Esto ocurre en el verdadero encuentro, el que nace del amor y nos expone al riesgo de lo nuevo y lo distinto. Ese amor es, al mismo tiempo, el de la fidelidad profunda a la realidad de la vida y a sus exigencias. La amistad, y de un modo especial la intimidad, nos hacen correr riesgos, pero dan intensidad y calidad a los encuentros. Por el contrario, las tensiones, las separaciones, los distanciamientos, los desencuentros... quiebran el hilo conductor de la historia, originan las separaciones y las luchas, y llevan a las guerras y a las destrucciones. Interrumpen la vida y, al mismo tiempo, ponen urgencia en los reencuentros. La historia de la humanidad, leída sabiamente, nos recuerda que, si queremos caminar rápidos, debemos hacerlo solos. Pero, si queremos caminar lejos y emprender una larga andadura, tenemos que saber caminar juntos.

Ha habido encuentros historicos en nosotros y en la humanidad. Todos ellos han servido para soltarse, para decir sí a la vida, para ir acoger lo que viene. Víctor Frankl, judío alemán, vive una fuerte tensión dentro de sí. Dos posibilidades se presentan delante de él: ir a USA, como lo han hecho sus dos hermanos, y vivir muy bien profesional y económicamente, o permanecer en Alemania y acompañar a sus padres amenazados de muerte. Estamos en los días de la II Guerra mundial del siglo pasado. Un día regresa a casa y descubre una piedra en la que está escrito: «Amarás a tu padre y a tu madre y a ellos servirás». El encuentro con ese mensaje, esa piedra y esa invitación, le impacta y se queda en Alemania, exponiendo su vida para sostener la vida de sus padres.

Si se da el encuentro profundo, se produce una etapa nueva en nuestras vidas y en nuestros grupos. Se adquiere una especial fuerza de comunión y de transformación; una fecundidad que nos hace felices y fieles. Devuelve la sonrisa a la mirada y la palabra a los labios. Revitaliza a todos y ayuda a superar los diversos signos de cansancio y de estancamiento. Un encuentro es «una fertilización cruzada y una mutua fecundación»; es vida, la que traen las presencias que se transforman en una fuerza creativa y dinámica. Se da encuentro entre Jesús y su made, los apóstoles y Jesús, y de este con tantas personas del Evangelio, para que salte la chispa y todo se oriente bien y se descubra la vida. Cuando ello acontece, surge vida y el agua del pozo brota abundante.

El encuentro verdadero nos hace compañeros de andadura, junta vida y se expresa en cosas simples y cotidianas. En el rito familiar de comída casera, en el paseo sosegado, en el juego de naipes, en la celebración matutina del deseo de una buena jornada, en el saludo efusivo y en una pena compartida.

Estos encuentros los vamos a ver reflejados en campos diferentes y en todos ellos se presentan como verdaderos signos de vitalidad. El encuentro bien hecho se convierte en un nuevo comienzo y en un diferente modo de comprender las cosas. En una palabra, los encuentros son acontecimientos que transforman nuestras vidas. Estimulan, provocan y exigen. Confirman el gran pensamiento de M. Lévinas que ser y estar en relación es más importante que simplemente ser. Ser uno mismo es ser para los demás y, por tanto, los encuentros nos evocan que el bien marca con más fuerza nuestras vidas que la verdad. Por ellos nos decidimos a cruzar fronteras y a entrar en el mundo de los otros y a encontrarnos. La aventura espiritual de nuestro tiempo pasa por la calidad e intensidad de nuestros encuentros. Cuando un crevente encuentra a otro creyente, son muchas las cosas que pasan. Comienzan nuevas relaciones, nuevos compromisos y nueva vida. Todo se revitaliza.

El camino para llegar a esta meta son los nuevos encuentros, los que hasta ahora no se daban. También lo es la vivencia distinta de los caminos actuales recorridos de una forma nueva, que genera mucha *vida*. Sin la dimensión mística y profética de la vida cristiana todo se transforma en una realidad vacia. Queda sofocada. Le falta el aire fresco, que le ayuda a respirar de nuevo. Son los encuentros auténticos los

que nos permitirán encontrar las formas nuevas de presencia y de acción; las que buscamos con pasión y con verdad.

La experiencia de lo sagrado y la de lo profético se presentan como realidades en movimiento. Es como ir y venir de lo indescifrable e imprevisible, de lo vivo y de fecundo. La mística no es un teorema ni un silogismo, ni una fórmula estándar de acercamiento a lo divino; tampoco es de lo prefabricado. A lo que más se asemeja todo este dinamismo es al encuentro que supone memoria y ausencia, a la noche que lleva al día, a la purificación dolorosa que nos permite pasar a un nuevo nacimiento y a la unión que se realiza en lo más profundo, a la unión sin confusión, a la comunión hecha no a partir de la uniformidad sino de las diferencias asimiladas. No hay duda que en todo ello hay algo de creación continua. En la experiencia mística se da el encuentro profundo y en todo encuentro profundo se da experiencia mística, pero no siempre acertamos a identificarla como tal. Lo que sí es verdad es que nos ayuda a pasar de la muerte a la vida y a encontrar el hilo conductor que conecta entre sí todas las realidades que integran nuestra existencia.

Para que todo esto se dé, los encuentros recuperados nos piden serenidad, coraje y sabiduría. Los desencuentros vienen de la incapacidad de proponer metas y tareas claras por falta de coraje. Cuando no hay sabiduría, no se distingue lo que se debe cambiar de lo que no se tiene que cambiar y entonces se da la confusión y no se llega al auténtico encuentro que se realiza siempre en la verdad y hace crecer a los grupos en identidad y pertenencia. Este exigente desafío pide discernimiento espiritual y pastoral, personal y comunitario, teológico y sociocultural. Solo así superamos la complejidad del desencuentro, llegamos al encuentro en el amor y en la verdad, y podemos vivir una vida diferente.

Encontrarse pide coraje, virtud de mujer; la del que sufre y no se calla y encuentra la fortaleza para hacerlo con los demás y sacar las fuerzas de la entraña del dolor 14. Supone atreverse a llamar e invitar al encuentro, a dar el paso, a atravesar su umbral y entrar en él, a superar las dificultades u obstáculos que lo impiden; a andar por la senda estrecha que

P. DAINO, María, madre. Del dolor al coraje. Madrid, PPC, 1993.

nos permite subir a la cumbre donde se da el encuentro. Desde ahí se puede llamar a la libertad y a esta libertad que pide decisión. Hay que ir al encuentro, a alcanzar la coincidencia de dos o más personas en un mismo lugar.

Exige, en fin, serenidad. Con ella se amalgaman los elementos del verdadero encuentro. Las personas alteradas no pueden encontrarse. La falta de serenidad nos acelera y hace imposibles los intercambios necesarios. Lleva a vivir bajo el signo del desconcierto.

Pero al mismo tiempo debemos decir que la creación nueva, la que parte del desencuentro y junta y reúne, precisa de la expresión colectiva de la comunión. Apunta a juntar lo separado o dividido. Para ello, prestará atención a las nuevas sensibilidades y reivindicaciones, a las contestaciones y rechazos, a las propuestas de nuevas categorías culturales y también a la cultura de las nuevas utopías en las que estamos envueltos. Todas ellas apuntan al encuentro. Puede parecer que estas experiencias son todo de Dios y del hombre y de la mujer de un determinado período de la historia. Esas nuevas categorías y realidades las debemos preparar, buscar, vivir intensamente. Debemos aceptar sus implicaciones. Así nos lo recuerda magistralmente José Otón Catalán:

Un agricultor no puede provocar la lluvia, ni hacer que suban determinadas temperaturas o que llegue la primavera. En cambio, sí puede cavar un pozo, construir una cisterna y canalizar el agua. Con su trabajo puede preparar la tierra, labrarla, quitar las piedras y arrancar las malas hierbas, podar los árboles y construir almacenes para guardar la cosecha. Si no se realizan estas tareas, a la larga llegará la escasez y el hambre. Con la experiencia espiritual sucede algo parecido. No basta con vivirla; hay que «trabajarla» 15.

Vivir un encuentro es exigente. Pide poner la carne en el asador, gestar energía, generar vida y encaminarla, superando los obstáculos que aparecen en el camino. Esa experiencia del encuentro es de todos nosotros. No debe pasar desapercibida en nuestras vidas. Hay que vivirla y sentirla,

^{18.} J. OTON CATALÁN, Debir, el santuario interior: la experiencia mistica y su formulación religiosa. Santander, Sal Terrae, 2002.

entenderla y comunicarla. Es la experiencia más fuerte y la tendencia más consistente de nuestro contexto sociocultural. Los hombres y mujeres que hablan con Dios, deben encontrar los espacios, lugares, tiempos, mediaciones y personas que canalicen y provoquen esta experiencia en los encuentros con los demás. La experiencia mística es una realidad humana, que se da cuando los seres humanos se encuentran. Con creatividad se deben conseguir expresiones y cauces para pasarla al hombre y a la mujer de la calle, porque ellos están urgidos del encuentro o del reencuentro. Pero antes que nada hay que ponerse en condiciones para que se dé, para que tenga lugar. El encuentro pide ricas relaciones personales. Para que existan, tiene que aparecer con toda su fuerza el rostro humano que es como la horma del rostro de Dios. En él, decía M. Buber, tocamos el límite del Tú eterno, donde se da el encuentro de los encuentros. Es también detonante de vida nueva y abundante.

ÍNDICE

PR	ESENTACIÓN. Pachi Canseco Llera, sm	5
INI	RODUCCIÓN: UNA PALABRA, UNA PERSPECTIVA Y UNA DINÁMICA .	9
	1. Una palabra	9
	2. Una perspectiva	11
		12
	4. Un libro que hace de esta palabra una perspectiva	
	y de esta perspectiva una dinámica	14
I.	DEL ENCUENTRO	17
	1. El encuentro, paradigma de la vida abundante hoy .	17
	2. Vivir es encontrarse	19
	a) El encuentro con uno mismo	20
	b) El encuentro con los demás	22
	c) El encuentro con la naturaleza	23
	d) El encuentro con Dios	23
	3. Encontrarse es vivir	26
2.	DEL ENCUENTRO AL REENCUENTRO, PASANDO POR EL DESEN-	
	CUENTRO	33
	1. Del desencuentro	33
	2. Del reencuentro	42
3.	HABLANDO DE UNA EXPERIENCIA: LA VIDA SE HA ENCON-	
	TRADO CON LA VIDA	47
	1. Desde la conciencia de las diferencias y las dis-	
	tancias	48
	2 Hasta llegar a la experiencia humana primordial o radical	51
	3. Dinámica del encuentro	56
	4. Pedagogía del encuentro	59
	마스 아무네는 아무리를 가지 않는데 그 아무리는 마음이 되었다.	64
	5. De que nabio cuando de «encuencios» nabio	UH
4.	DEL ENCUENTRO A LOS ENCUENTROS	71
	1. El encuentro del hombre con la mujer	72

169

	2. El encuentro de culturas o, mejor aún, entre per-	
	sonas de culturas diversas	75
	3. El encuentro de generaciones	79
	4. El encuentro con la madre tierra	80
	5. Un encuentro de religiones	84
	6. Encuentro y diálogo entre creyentes y no cre-	
	yentes	87
	7. Un encuentro con los pobres	89
	El encuentro de laicos y de religiosos y sacerdotes.	91
	9. El encuentro entre congregaciones y formas de	
	vida consagrada	93
	10. El encuentro con los pueblos indígenas	95
	11. Encuentro de los místicos y de los profetas	98
5.	Dos encuentros, el del pozo de Sicar y el de la posada,	
	EN UNO	101
	1. El encuentro en el pozo de Sicar	107
	2. El encuentro en la posada	108
	3. Sicar y la posada: dos en uno	112
6.	Entrar en el tiempo del encuentro en la Iglesia y en la	
	SOCIEDAD	119
	1. Una antropología basada en la voluntad de en-	
	contrarse	122
	2. Una teología del encuentro: en ella Jesús, sobre	
	todo, es vida	130
	3. Una espiritualidad que implica encuentro y pide	
	y ofrece un itinerario	135
	4. Una cultura del encuentro	139
7.	Una pastoral centrada en iniciar, afirmar y multipli-	
	CAR LOS ENCUENTROS	145
	1. La buena pastoral consolida una forma de vida .	145
	2. Y lo primero de todo, el encuentro con Jesús	147
	3. El encuentro es el método	151
	4. Por los encuentros se pasa de una Iglesia de bau-	
	tizados a una Iglesia de discípulos misioneros	153
	5. La pastoral del bien	156
Co	NCLUSIÓN: NO ES POSIBLE PONERLE PUERTAS AL VIENTO	159
ÍNI	DICE	169